



HACER COMUNIDAD

Número 53 | Enero 2026

Gaceta
Mora

GACETA MORA, núm. 53, enero de 2026, es una publicación digital mensual editada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Plaza Valentín Gómez Farías #12, Col. San Juan Mixcoac, Alc. Benito Juárez, C. P. 03730, Ciudad de México,
Tel. 55 5598 3777

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA
LUIS MORA
Directora General: **Dra. Gabriela Sánchez Gutiérrez**
Secretario General: **Mtro. Alejandro López Mercado**
Dirección Académica.
Dirección de Apoyo Académico: **Mtra. Claudia Ximena Montes de Oca Icaza**
Director de Administración y Finanzas:
Mtro. Domingo López Hernández

GACETA MORA
Coordinación: **Giovanni Alejandro Pérez Uriarte**
Edición: **Natalia Macías Mendoza**
Diseño gráfico: **Brenda Ocampo Salgado**
Iconografía: **Norberto Nava Bonilla**
Entrevistas: **Jesica Andrea Solis Jiménez**
y **Norberto Nava Bonilla**
Corrección de estilo: **Claudia Nava Cervantes**
y **Mario Salgado Ruelas**

COORDINACIÓN DE SECCIONES
Miradas Regionales: **Ruth Natalia Caicedo Palacio**
Espacio Violeta: **Victoria García, Ivonne Ortuño**
y **Margaret Ruiz**

La *Gaceta Mora* se encuentra bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).
Todo uso distinto al contemplado por la licencia deberá ser autorizado expresamente por la Dirección de Apoyo Académico.

Contacto y sugerencias: gacet@institutomora.edu.mx

CONTENIDO

3 Editorial
En portada

4 Cuéntale al Mora
¿Qué es lo que más disfrutas de la comunidad morita?
Jesica Andrea Solis Jiménez

6 Para Conocer
Vivir en común: una mirada a la comunalidad
Gaia Alejandra Troncoso Arredondo

9 Miradas Regionales
Lo nuestro primero: la batalla cultural por el alma del Caribe
Juan Camilo Rojas Ríos

13 De Primera Mano
Memoria, resistencia y voluntad para el diálogo
Rubí Celia Ramírez Núñez

17 Espacio Violeta
Lideresas sindicales: entre la lucha de clase y las desigualdades de género
Victoria García

19 Todo un Personaje
Cherán

Tinta y Bits
“Ser estudiante y activista universitario en el México de los años 20”

20 Nidi
Desarrollo cultural comunitario. Opciones para la cohesión social: una aproximación
Claudia Sánchez Bernal

21 Caja de Herramientas
INTRAMORA
Brenda Ocampo Salgado

22 Ecos
Verónica Rubí Olvera Torres
Giovanni Alejandro Pérez Uriarte

26 En Corto
Víctor Manuel Rosiles Gómez

27 Pasillo de Curiosidades
¿El tercer sindicato?
Equipo editorial

28 Sucedió en...
Enero
Robo
La policía secreta

Buzón

29 Glosario de Bolsillo

* Da click en el número de página para dirigirte a la sección que desees

¡Feliz 2026! Cada inicio trae consigo la esperanza. Esta ocasión no es la excepción, pues la comunidad morita arranca un año muy especial, ya que celebraremos 45 años de vida de nuestro Instituto. Como todo festejo, se tratará de un evento comunitario. Y eso, la formación de colectivos es lo que ha permitido a la humanidad no solamente festejar, sino principalmente superar adversidades y transformar la realidad. Por tal motivo, en la *Gaceta Mora* decidimos arrancar el año con este tema. Así, les invitamos a leer una interesante reflexión de Gaia Troncoso sobre la comunalidad. En la misma línea, Juan Camilo Rojas comparte un sugerente texto sobre las experiencias de algunas comunidades del Caribe colombiano. Además, Rubí Ramírez nos lleva por sus recuerdos y rememora su papel dentro de una de las agrupaciones sindicales de nuestro Instituto. Mientras que en Pasillo de Curiosidades ofrecemos una interesante narración sobre la existencia de un tercer sindicato morita.

Como pueden observar, la *Gaceta* reconoce y valora el trabajo colectivo, pues lo asume como un elemento indispensable para el éxito de cualquier proyecto. En ese sentido, a título personal, aprovecho la ocasión para agradecer enormemente al equipo de trabajo que conforma la *Gaceta Mora*. Infinitas gracias a Ximena Montes de Oca, directora de Apoyo Académico; a Yolanda Martínez, responsable de la Subdirección de Publicaciones; a Natalia Macías, nuestra brillante y extraordinaria editora; a Brenda Ocampo, creativa y entusiasta diseñadora; gracias a Norberto Nava, nuestro hábil y comprometido iconógrafo; a Jesica Solis, por su invaluable apoyo como entrevistadora y encargada de diversas secciones; a nuestras ilustradoras Isaura García y Tania Ocampo; así como a nuestro destacado equipo de correctores de estilo, Mario Salgado y Claudia Nava. Muchísimas gracias, además, a quienes han propuesto secciones y, mes con mes, participan con nosotros: Ivonne Ortuño, Margaret Ruiz y Victoria García, de Espacio Violeta; a Natalia Caicedo y Alfredo Pureco, de Miradas Regionales; y a Claudia Sánchez, de Nidi. Son un equipo diverso y maravilloso que he tenido la enorme fortuna de coordinar.

Hoy me despido de este proyecto, pues con este número dejo mi lugar como coordinador con la alegría de haber formado parte de la historia de este rebelde, inclusivo y entusiasta proyecto editorial. Asimismo, con particular entusiasmo dejo la estafeta a nuestro querido Mario Salgado, quien a partir de ahora coordinará al equipo. No tengo la menor duda de que el proyecto seguirá creciendo, se transformará y tratará los múltiples temas que interesan a la comunidad con el estilo que la caracteriza. Sé que oficialmente este brillante grupo y yo exploraremos rutas distintas; sin embargo, también sé que, en el fondo, ya somos una comunidad e, indudablemente, seguiremos caminando juntos.

Giovanni Alejandro Pérez Uriarte
Coordinador de la *Gaceta Mora*



EN PORTADA

Collage a partir de fotos de algunos integrantes de la comunidad del Instituto Mora. Diseño: Brenda Ocampo, 2026.

¿Qué es lo que más disfrutas de la comunidad morita?



Lorena de la Cruz Aquino
Librería del Instituto | FCE

Lo que más disfruto de la comunidad Mora es la unión de la misma. Disfruto sentir esta conexión al presentar y representar nuestras tradiciones y nuestra cultura. El observar y sentir el tiempo y la dedicación en cada actividad realizada me transmite sosiego. La conexión y unión que la comunidad ha logrado entre sí es maravillosa. Me siento muy agradecida de poder presenciar esto, de poder sentirlo y poder ser parte de la comunidad. Disfruto las diferentes actividades que la comunidad realiza y en donde la misma... deja el alma.



Antonio Mondragón
Comercialización

Disfruto mucho la convivencia con el personal de todas las áreas, desde el intercambio académico con los investigadores, la mejora en varios aspectos y técnicas laborales en los que mis compañeros de otras áreas me han instruido, así como la mejora en la comprensión de los distintos procesos, funciones y fines del Instituto. El personal es muy agradable, en el trato general siempre impera el respeto y la cordialidad. Considero eso como una gran ventaja, ya que facilita mucho la convivencia y la realización de las actividades laborales. En mi día a día en el trabajo, me encuentro con saludos por los pasillos de la sede Plaza. También he encontrado buenos amigos, quienes construyen un ambiente de calidez.



Yessica Esmeralda Torres Fonseca
Intendencia

Me encanta la comunidad morita, es un lugar increíble donde la amabilidad y la sociabilidad se respiran en el aire. El espacio es tranquilo y se siente un ambiente de respeto mutuo entre los vecinos. Además, el lugar tiene una historia rica y eso se nota en cada rincón. Lo que más me gusta es que todos respetan y valoran mi trabajo, lo que me hace sentir cómoda y apreciada. Me siento orgullosa de ser parte de esta comunidad, donde la unión y la solidaridad son valores fundamentales. Es un verdadero placer trabajar en un lugar así, donde la comunidad es lo más importante.



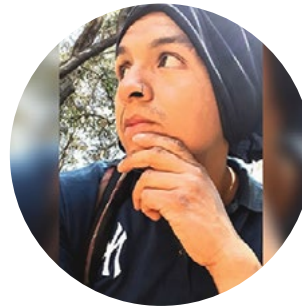
Sophia López Literata
Visitante

Disfruto todo. Disfruto ver el sol del mediodía que se filtra por los árboles y disfruto ver las hojas que caen en otoño. Disfruto el verde de los jardines y observar a las señoras hablando en las bancas. Disfruto pedir azúcar cuando tomo un café. Disfruto observar una comunidad que organiza eventos culturales y exhibiciones. Disfruto la promoción al diálogo, a la escucha, a la escritura, a la lectura y a la investigación. Disfruto comenzar el día con la interacción amistosa de quienes piden un registro en la entrada. Disfruto acabar la jornada de tesis con el frío del Instituto.

Disfruto las tardes lentas de silencio, pero también de risas escandalosas. Disfruto encontrarme con amigas en las mesas del patio, pero también disfruto los días de soledad en el Instituto.

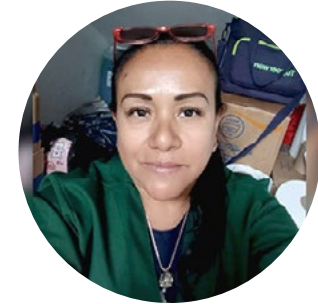
Disfruto mis mañanas aquí.
Disfruto mis tardes aquí.
Disfruto mis noches aquí.

Disfruto la belleza del Instituto Mora, que es un espacio de refugio. Pero, sobre todo, disfruto la compañía de quienes lo frecuentan, incluso si no intercambiamos una sola palabra.



Iván Esquivel Segundo
Jardinería

La paz, el silencio y la tranquilidad que hay dentro de sus instalaciones, complementado con el respeto y amabilidad de cada compañero de trabajo. Su jardín, con el sonido de las aves, el olor a tierra y pasto mojado, su jardín polinizador, que conserva plantas nativas de la ciudad evitando la desaparición de ellas. Su espacio verde que nos hace olvidar que estamos dentro de una ciudad.



Griselda Alicia Carranza Fernández
Intendencia

Es una agradable experiencia. Me gusta ser parte del equipo de limpieza de la comunidad morita del Instituto Mora, sede Plaza. En mi tiempo aquí, he podido ver que nuestro trabajo contribuye a crear un ambiente limpio y seguro para los estudiantes, profesores y personal que labora aquí.

Valoro la oportunidad de contribuir a mantener un espacio digno y funcional para que puedan desarrollar sus actividades. Formo parte de un equipo unido y de apoyo mutuo, y he aprendido mucho sobre la limpieza y la higiene en un entorno de trabajo. También quiero destacar que el personal del Instituto Mora es cálido y muy amable, lo que hace que mi trabajo sea aún más gratificante. Estoy comprometida con seguir haciendo mi trabajo con dedicación y calidad. Gracias, comunidad morita por tener la calidez y la amabilidad que los caracterizan.

VIVIR EN COMÚN

Una mirada a la comunalidad

En un mundo globalizado que avanza a un ritmo vertiginoso y donde las conexiones parecen disolver las fronteras de lo local, vale la pena preguntarse: ¿tiene sentido seguir pensando en la comunidad? La respuesta es sí. Porque, pese a la velocidad del cambio y de las fuerzas que tienden a homogeneizar la vida, las personas seguimos adaptándonos al mundo desde nuestras experiencias cotidianas, desde los territorios que habitamos y los vínculos que tejemos. En esa búsqueda de sentido y pertenencia, la comunalidad emerge como una de las expresiones más potentes: una forma de vivir y pensar en colectivo que se alza como posible alternativa civilizatoria frente al modelo dominante.

PENSAR Y VIVIR EN COMÚN: EL DOBLE ROSTRO DE LA COMUNALIDAD

En las montañas oaxaqueñas, durante los años ochenta, nació la comunalidad como una respuesta ante los embates del modelo moderno-occidental. En su origen, como lo



plantearon Floriberto Díaz y Jaime Martínez Luna, era un posicionamiento surgido en la práctica política y cotidiana de las comunidades originarias serranas.

Así, se configuró como una ideología de resistencia, una vía para afirmar la vida colectiva en el quehacer diario ante el despojo de su territorio y el silenciamiento de su conocimiento ejercido desde la modernidad occidental. Tejiendo puentes entre la lucha política y la reflexión académica, los intelectuales indígenas y académicos han realizado esfuerzos por robustecer el cuerpo de la comunalidad como una categoría analítica que permita comprender las formas de vida comunitaria y su potencialidad civilizatoria en los propios términos de las comunidades. Ese doble carácter –político y epistemológico– constituye su fuerza, pero también su desafío.

A la izquierda: Vista de la sierra mixteca, San José Chichihualtepec, Oaxaca, 2016. Fotografía de Norberto Nava.
Abajo: Tequio en la región mixteca, Oaxaca, 2018. Fotografía de Fondo Para la Paz, Flickr commons.



Pese a haber tenido su origen en las comunidades serranas originarias de Oaxaca, la comunalidad no es un atributo esencial de los pueblos originarios, no designa un lugar en particular, sino una construcción social situada: una forma de ser y estar en el mundo que prioriza las relaciones sociales mediadas por la reciprocidad, el trabajo compartido y el sentido colectivo del bienestar, todo ello vinculado al territorio como fuente de identidad colectiva.

De ahí que hablar de comunalidad implica vivir y pensar desde el territorio, entendido no como un lugar concreto, sino como un

espacio significado y vivido colectivamente. La comunalidad, en este sentido, no se “aplica” a un territorio, sino que lo crea. El espacio, significado a través de las prácticas cotidianas, el trabajo colectivo y la compartencia (entendida como la distribución del bienestar) “en las buenas y en las malas”, engarzados mediante relaciones horizontales, son dimensiones de un mismo tejido simbólico que sostiene la vida colectiva.

LA VIDA EN COMÚN COMO EXPRESIÓN DE DIVERSIDAD

Si la comunalidad se entiende únicamente como rasgo de pueblos originarios o rurales, se corre el riesgo de adquirir una postura que conciba a las personas como individuos encasillados en factores ligados a su

identidad étnica. Pero si la concebimos como una forma de organizar la vida colectiva ante la crisis civilizatoria, su potencial político y epistemológico se expande a través del reconocimiento de la diversidad de formas de vida.

Entonces, de acuerdo con Villalba, puede hablarse de sistemas comunales como aquellos sistemas socioculturales caracterizados por el sentido colectivo de la existencia, vinculados a un territorio donde tiene lugar el devenir de la vida cotidiana. En ellos, las relaciones sociales se sostienen por

la reciprocidad y el apoyo mutuo, más allá de la identidad étnica o el carácter rural del territorio habitado, incluso podemos ir más allá y hablar de territorios virtuales creados en la práctica comunal.

Ejemplos de ello pueden observarse en comunidades periurbanas de productores agrícolas en las que las relaciones sociales son de características comunales, independientemente del entorno periurbanizado (se refiere a un territorio ubicado en la franja de transición entre lo urbano y lo rural) en el que se desenvuelven o el carácter empresarial de su actividad económica: las faenas de trabajo colectivo, la toma de decisiones de manera coordinada o el acompañamiento durante el duelo o la fiesta expresan su comunalidad vivida.

Otro ejemplo es el ejercicio de enseñanza-aprendizaje en el que enseñar comunalidad implica, ante todo, vivirla: reconocer los espacios virtuales y físicos como territorios comunales donde se tejen relaciones de cooperación, cuidado y aprendizaje mutuo. Así, la comunalidad deja de ser un objeto de estudio para convertirse en una forma de habitar el conocimiento.

No obstante lo anterior, de acuerdo con Maldonado y Martínez Luna, existen cinco dimensiones fundamentales que operan como ejes de acción y análisis entrelazados:



Vecinos de Iztacalco en la Segunda jornada de Tequio del Gobierno de la Ciudad de México, 2019. Fotografía de Maritza Ríos / Secretaría de Cultura, Flickr commons.



- Territorio: espacio dotado de significados por el ser colectivo; material y simbólico a la vez.
- Grupo social: conjunto de actores coordinados en torno al poder comunal, expresado en instituciones como la asamblea comunitaria.
- Tequio: trabajo colectivo no mercantilizado, orientado al sostenimiento del bien común.
- Compartencia: redistribución del bienestar, manifestada en la fiesta, la solidaridad o el acompañamiento mutuo.
- Mentalidad comunal: sistema de imágenes y valores compartidos que da sentido a la acción colectiva.

Estos elementos, más que categorías analíticas rígidas, son expresiones vivas de una forma de ser y estar en interdependencia con el entorno social y ecológico, donde el sujeto colectivo se produce desde la implicación afectiva y política con el otro y con el territorio.

LUCES Y SOMBRAS DE LA COMUNALIDAD

Hoy, a cuatro décadas de su formulación, en un mundo atravesado por la crisis climática, el agotamiento de los recursos y la fragmentación del tejido social, la

comunalidad emerge como una epistemología de la esperanza. No porque se presente como una panacea en la que se idealice la vida comunitaria, sino porque ofrece claves estratégicas para repensar la organización social desde la cooperación, el cuidado y la reciprocidad.

La comunalidad propone un desplazamiento del yo al nosotros, del individuo al sujeto colectivo, y del crecimiento económico al bienestar compartido. Este tránsito no es exclusivo de Oaxaca ni de los pueblos originarios: puede inspirar procesos de reconstrucción social en entornos urbanos, digitales o híbridos donde la interdependencia con el medio social y ecológico es el foco del devenir de la vida cotidiana.

A su vez, la comunalidad se enfrenta al reto de consolidarse como una forma de conocimiento congruente con las particularidades del grupo social que la produce, capaz de dialogar con otros y con las ciencias sociales sin perder su raíz político-vivencial. Este reto puede sintetizarse en tres desafíos principales:

1. Evitar la ambigüedad conceptual, afinando su *corpus* teórico para ampliar su poder explicativo situándola en ámbitos no convencionales.

2. Reconocer y visibilizar la colonialidad interna, es decir, las jerarquías y violencias que se reproducen dentro de las propias comunidades.

3. Incorporar nuevas miradas, como la perspectiva de género o la ecología política, que amplíen el horizonte de análisis y acción.

CONCLUSIÓN

La comunalidad como una expresión de vida en movimiento nos invita a repensar la potencia de lo colectivo que radica en su capacidad de adaptación contextual, es decir, en traducir el sentido de lo común a distintos territorios y escalas, sin perder su raíz ética: la afirmación de la vida colectiva frente a la lógica extractiva de la modernidad.

En tiempos de colapso, la comunalidad no sólo resiste, sino que crea posibilidades al recordarnos que todavía es posible construir futuro desde el nosotros.

PARA SEGUIR LEYENDO

Maldonado, B., “Comunalidad y responsabilidad autogestiva”, *Cuaderno del Sur. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 18, vol. 34, 2013, pp. 21-29. [Enlace](#)

Martínez, J. “Conocimiento y comunalidad”, *Bajo el Volcán*, núm. 15, vol. 23, 2015, pp. 99-112. [Enlace](#)

Villalba, A. E. “Comunidad, comunalidad y bienes comunes: elementos teóricos para el abordaje de sistemas comunales”, *Espacio Abierto*, núm. 32, vol. 4, 2023, pp. 242-263. [Enlace](#)

Lo nuestro primero

— La batalla cultural por el alma del Caribe —

Bajo la sombra de algunos árboles frutales en un pueblo de la costa colombiana, una asamblea comunitaria decide cómo manejar el agua de la que dependen. No hay expertos de Bogotá ni manuales de multinacionales. Hay voces de abuelos, manos de campesinos y la certeza de que el futuro se construye entre todos. Esta escena, que se repite en rincones del Caribe de Colombia, es el corazón de una batalla silenciosa: la defensa de lo comunitario como antídoto al individualismo de lo mercantil. Mientras el modelo económico dominante promueve la acumulación privada y el consumo desmedido, los pueblos de esta región, conformada por los departamentos de Córdoba, Sucre y Bolívar, entre otros —específicamente algunas experiencias campesinas de municipios como Lorica, San Bernardo del Viento, María La Baja y Ovejas—, nos

enseñan que la verdadera riqueza reside en los lazos colectivos, el territorio compartido y la autonomía para decidir el rumbo propio.

Este escrito busca explorar cómo se configura actualmente la tríada territorio-identidad-autonomía en algunas comunidades del Caribe colombiano, entendiendo que estos tres elementos constituyen dimensiones indisolubles de lo comunitario. A través de un recorrido por sus prácticas concretas, analizaremos cómo el territorio opera en forma de sustento material y simbólico de la identidad colectiva; de qué manera esta se construye y reinventa; y de qué forma la autonomía se ejerce cotidianamente a través de dinámicas de organización que desafían el verticalismo estatal y corporativo.

En un contexto global marcado por crisis ecológicas y sociales, estas comunidades nos ofrecen pistas valiosas para repensar

nuestras formas de habitar el territorio con autonomía, porque en estas experiencias se expresan diferentes formas de acción colectiva, demostrando que lo comunitario sigue siendo un referente vigente y necesario para imaginar futuros más justos y sostenibles.

El territorio: más que suelo, es memoria

En el Caribe colombiano el territorio se vive como un cuerpo colectivo que guarda las huellas de lo vivido. Cada llanura, ciénaga, serranía o playa remota contiene no sólo bienes naturales, sino el registro de luchas, festividades y acuerdos comunitarios. El territorio está estrechamente ligado a las diferentes experiencias de la vida humana, que se expresan en las prácticas cotidianas. Cuando los pescadores artesanales defienden sus manglares o cuando los campesinos

Caribe colombiano, 2025. Fotografía de Jocelso, Flickr commons.



conservan semillas nativas, están protegiendo mucho más que un espacio físico: sostienen un mundo de significados que da razón a su existencia.

Esta concepción del territorio como un libro abierto donde está escrita su historia desafía radicalmente la visión mercantil que reduce la tierra a un objeto de transacción. Frente a los megaproyectos, por ejemplo agroindustriales, que prometen “desarrollo” a cambio de la homogeneización del paisaje, las comunidades caribeñas nos recuerdan que en estos espacios se expresa la persistencia y la acción colectiva impulsadas en nombre del deseo de habitar sus espacios de vida. Así, esto se convierte en un acto de preservación cultural donde lo que está en juego es el derecho a seguir narrando su propia historia.

Identidad y tejer comunidad

La identidad en las comunidades del Caribe colombiano no es un patrimonio estático, sino un tejido que se renueva constantemente en los telares de la resistencia. Se manifiesta en la decisión de seguir hablando de la tierra en términos de reciprocidad y no de rentabilidad; en la persistencia de las mingas como forma de trabajo colectivo, que más que una labor, es una fiesta del esfuerzo compartido; en la memoria gustativa que une a las generaciones alrededor de los

fogones, porque es allí donde las madres enseñan a sus hijos e hijas el punto exacto de la yuca para el sancocho, transmitiendo no sólo una receta, sino un sentido de pertenencia que ningún supermercado o comida rápida puede ofrecer. Allí la tradición no se conserva como museo, sino que se recrea en diálogo con los desafíos del presente.

Estas prácticas cotidianas ligadas a la identidad son, en esencia, ejercicios de lo que Alfonso Torres (2013) se refiere como “comunalidad”: la capacidad de nombrar el mundo desde una experiencia colectiva. Cuando una comunidad decide mantener vivas sus festividades a pesar de la presión del turismo masivo, o cuando prefiere el intercambio al consumo impersonal, está afirmando un modo de entender la vida que cuestiona los fundamentos del individualismo contemporáneo, que convierten estas experiencias en un proyecto político y cultural vivo, vibrante y en constante transformación.

En las ciénagas de la región, la identidad de ser pescador y campesino no se define sólo por el oficio, sino por pertenecer a un acuerdo colectivo mayor. Esta comunalidad se hace tangible en las normas no escritas que ordenan la vida diaria y aseguran la permanencia de todos. Hay experiencias particulares en las que no actúan como competidores, sino como un cuerpo colectivo.



Atardecer en El Rodadero, Santa Marta, Colombia, 2008.
Fotografía de Michele Mariani, Flickr commons.

Se organizan en jornadas y rotaciones pactadas en asamblea, distribuyendo los días y las áreas de pesca para que cada familia tenga su sustento. Incluso, en un acto de sabiduría práctica que mira al futuro, suelen acordar un “día de descanso” para los cuerpos de agua, en el que nadie extrae peces, permitiendo así la recuperación del ecosistema que les da alimento. Esta simple pero profunda regla, surgida del diálogo comunitario y no de un decreto externo, es

quizá la expresión más pura de la comunalidad: entender que el bienestar individual es inseparable del bienestar colectivo y del territorio que se comparte.

Autonomía: gobernar la vida común

Se promueve que en estas comunidades la autonomía se ejerza constantemente en las asambleas bajo la ceiba centenaria, en las decisiones colectivas sobre el uso del agua, en la participación de jóvenes, mujeres

y personas mayores en la toma de decisiones. Se trata de una práctica concreta que permite potenciar la capacidad de decidir sobre temas cruciales y cotidianos para mejorar su calidad de vida. Mientras el Estado y las corporaciones prometen desarrollo desde afuera, estos pueblos construyen soberanía desde adentro, demostrando que es posible pensar y hacer desde lo colectivo.

Esta autonomía se manifiesta en múltiples dimensiones: en la economía, a través de mercados locales donde se prioriza el intercambio y la reciprocidad; en la justicia, mediante sistemas propios de resolución de conflictos basados en la reparación y no en el castigo; en la educación y la cultura, con procesos formativos que vinculan a los jóvenes con los saberes ancestrales. En estas prácticas se expresa lo comunitario como opción política donde no se esperan soluciones externas, sino que las construyen colectivamente (sin desconocer que también recurren al trabajo en conjunto con organizaciones sociales, públicas y privadas). Por ejemplo, en las ciénagas del departamento de Córdoba, el trabajo paciente de asambleas y el ejercicio de un liderazgo colectivo y firme han sido las herramientas para oponerse a la expansión de empresas camaroneras que amenazan el equilibrio ecológico y el libre acceso a estos lugares.



Mural y muralla de Santa Cruz de Lorica, Córdoba, Colombia, 2022. Fotografía de Rosalba Tarazona, Flickr commons.



La Mojana, Sucre, Colombia, 2012. Fotografía de Sebastián Restrepo Calle, Flickr commons.

No se trata de un rechazo abstracto, sino de una oposición concreta sustentada en el conocimiento profundo del territorio y en la decisión colectiva de protegerlo y que no sea un recurso para explotar de manera excesiva por actores externos.

Lo más significativo es que esta autonomía no se ejerce en el aislamiento, sino en red con otras comunidades. Los encuentros de pensamiento que reúnen a sabedores de diferentes pueblos, los trueques intercomunitarios que tejen economías solidarias, las asambleas regionales que coordinan la defensa territorial son todas expresiones de una autonomía en conjunto. Estas experiencias ligadas a lo participativo se construyen precisamente en estos espacios de articulación donde lo local se conecta con lo global, demostrando que otra forma de hacer política es posible.

Conclusión

Algunas experiencias del Caribe colombiano nos dejan una enseñanza profunda: frente a la crisis civilizatoria que vivimos, las respuestas vendrán de la capacidad de tejer comunidad como alternativa real al individualismo. Estas experiencias nos muestran que otro mundo no sólo es posible, sino que ya está siendo construido en los territorios donde lo colectivo sigue siendo el centro de la vida. No se trata de que debamos todos mudarnos al campo, sino que podemos buscar, en nuestras ciudades y barrios, formas de fomentar lo comunitario: un huerto urbano, la biblioteca popular, alguna red de apoyo. Se trata de recordar que nuestra riqueza más valiosa no está en lo que tenemos, sino en los lazos que construimos.

Lo que vemos no es nostalgia del pasado, sino un potente deseo de construir un prometedor futuro. Sus prácticas de autonomía,

las formas de defender la identidad, su relación con el territorio, son semillas que pueden inspirar transformaciones más amplias en nuestra sociedad. Se trata de reconocer las experiencias locales y regionales para construir alternativas al capitalismo desde lo comunitario.

El desafío que nos plantean es claro: o aprendemos a vivir juntos de otra manera, o perecemos en el intento de seguir compitiendo individualmente. Su ejemplo nos invita a repensar radicalmente nuestras relaciones con el territorio, con los otros y con nosotros mismos, recordándonos que lo colectivo y el caminar codo a codo con otros sigue siendo la brújula más confiable para navegar en estos tiempos de incertidumbre.

PARA SEGUIR LEYENDO

Torres, Alfonso, *El retorno a la comunidad. Problemas, debates y desafíos de vivir juntos*, Bogotá, Colombia, CINDE/El Búho, 2013.

MEMORIA,

RESISTENCIA

Y VOLUNTAD

PARA EL DIÁLOGO

El activismo sindical en México tiene una historia de más de un siglo de existencia, de cambios y procesos sustantivos relacionados con la movilización de los trabajadores. El espíritu del sindicalismo contempla la búsqueda activa de la mejora de las condiciones laborales, como el salario mínimo, el equilibrio de la jornada de trabajo, el derecho a prestaciones y la conciliación con la vida laboral, principalmente. Desde 2019, momento en el que el Sindicato del Personal Académico (SIPAMORA) logró su registro, fincó en sus estatutos el objetivo “estudiar el mejoramiento y defensa de los intereses de sus agremiados” (art. 3).

La reforma a la Ley Federal del Trabajo de 2019 tuvo alcances significativos. Con la visión de mitigar las malas prácticas que afectaban la libertad de desarrollo de los derechos de las y los trabajadores, se construyó como un modelo para continuar la búsqueda de salarios dignos y para asegurar el acceso a un bienestar individual y colectivo. En los 25 Centros Públicos de Investigación que integran la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHTI) existen sindicatos que se crearon casi desde su origen, como el caso del sindicato de El Colegio de la Frontera Norte (SIPCOLEF), con 42 años; el de El Colegio de la Frontera Sur (SUTECOSUR), con 41 años; el del Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica (SUTINAOE), con 40 años; el del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (SUTCIESAS), con 38 años, entre otros. El SIPAMORA, uno de los sindicatos más jóvenes de los integrantes de la SECIHTI, surge en este panorama democrático de libertad de asociación, de transparencia y con equidad de género.

UNA EXPERIENCIA TEMPRANA DE ORGANIZACIÓN POLÍTICA

Soy egresada de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) tanto de licenciatura como de maestría. El activismo político



Jorge Zavala, Claudia Pardo, Rubí Ramírez, Yessica Estrada, Jazmín Zamora y Estela García durante la toma de protesta de la mesa directiva del Sindicato del Personal Académico del Instituto Mora [SIPAMORA], 29 de septiembre de 2023. Colección particular.

dentro del campus es un proceso natural que se va delineando con los cambios políticos, económicos y sociales nacionales e internacionales. A un año de haber ingresado a la licenciatura en Ciencia Política, se llevó a cabo el plebiscito para consultar a la comunidad universitaria sobre el Reglamento General de Pagos convocado por el entonces rector Francisco Barnés de Castro. La respuesta inmediata fue llevar a huelga a la UNAM de abril de 1999 a febrero de 2000, cuya finalización quedó marcada por la intervención de la entonces Policía Federal Preventiva. A lo largo de esos 205 días de huelga se realizaron reuniones y asambleas dentro y fuera de las facultades para conocer las inquietudes de la comunidad universitaria. En las mesas de negociación entre el CGH y las autoridades universitarias, con mucho trabajo se logró echar para atrás la reforma al reglamento de pagos y la eliminación del pase reglamentario; no se cumplieron todas

las demandas del pliego petitorio y los días estaban contados para el término forzoso.

Durante este proceso aprendí mucho sobre el movimiento estudiantil, sí dentro de la universidad, pero no propiamente dentro de las aulas. Sin ser integrante de los comités huelguistas, convivimos politólogos, sociólogos, comunicadores e internacionistas, biólogos, físicos, trabajadores sociales, ingenieros, etc. En algunos momentos se sintió una verdadera colectividad buscando objetivos en común.

El regreso a la “normalidad de la vida universitaria” fue compleja en varios sentidos, por un lado, se respiraba desconcierto en el campus universitario y un halo de estigmatización por pertenecer a la facultad de políticas. Recuerdo gente conocida abriendo conversaciones con la frase: “¿Fuiste huelguista?, ¿conoces al Mosh?”, etc. Pero más allá de las referencias incómodas a nivel personal, en el terreno laboral también

hubo ciertas reservas ante estas circunstancias, alguien me mostró un anuncio de una oferta laboral en el periódico: “No estudiantes o egresados de la Facultad de Ciencias Políticas”. Nada más terrible.

Ya en mi experiencia laboral, hubo un periodo de oscuridad respecto a la libertad de asociación sindical. Cualquier indicio de organización al interior de cualquier empresa o incluso en entidades administradas por el gobierno de la Ciudad de México era motivo de término de contratación y sin derecho a liquidación. Todavía falta mucho por avanzar sobre la figura de contratación de “servicios profesionales”, régimen en el que muchos estudiantes y recién egresados de distintas disciplinas somos contratados por primera vez. Además, mi generación ya no entra en el régimen de pensiones después de 28 años de servicio y 56 años de edad para mujeres, y 30 años de servicio y 58 años de edad para hombres del Décimo Transitorio del ISSSTE.



Reunión en la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación, 5 de marzo de 2025. Colección particular.

MI TIEMPO EN EL SIPAMORA

La principal motivación por la cual decidí agremiarme al SIPAMORA en 2019 fue para mantenerme informada sobre las posibles promociones en mi categoría como Asistente de Investigación “A”, plaza con la que fui contratada en 2014; posteriormente obtuve la definitividad. Al retomar las actividades laborales presenciales después del confinamiento por la COVID-19, hice una lectura a conciencia de la normatividad vigente del Instituto Mora para participar activamente en el sindicato. En el actual Estatuto del Personal Académico las y los asistentes de investigación no figuramos. Sin embargo, cuando Patricia Pensado Leglise, en agosto de 2023, me invitó a



Urnas para la consulta del CCT y elección del nuevo Consejo Directivo del SIPAMORA en el auditorio del Instituto Mora, 8 de agosto de 2024. Colección particular.

participar en las elecciones del Consejo Directivo del SIPAMORA, la Dirección General convocó a toda la comunidad del Instituto a la reunión con el coordinador de sector del otrora CONAHCYT, el doctor Alejandro

Díaz Méndez, para analizar la propuesta de armonización de los principales instrumentos normativos. Durante la revisión de los instrumentos Decreto de Reestructuración, Estatuto Orgánico y del Manual General de Organización, se eliminó la figura “condiciones generales de trabajo” para dejar claro que los “contratos colectivos de trabajo” (en adelante CCT) son los que rigen la vida laboral de la comunidad en el apartado “A”.

Como resultado de la elección de la “Planchilla violeta”, en el proceso de agosto-septiembre de 2023, para renovar el Consejo Directivo del SIPAMORA, con Jorge Castañeda Zavala (†) como secretario general y una servidora como secretaria de organización, fue posible participar en el proceso de armonización de los instrumentos normativos en noviembre del mismo año. Entre los alcances más significativos estuvo la reincorporación de los asistentes de investigación al Estatuto del Personal de Investigación, documento que todavía está pendiente de visto bueno en la SECIHTI para su aplicación. Con el antecedente del apego a las Bases de Profesionalización publicadas en el *Diario Oficial de la Federación* el 28 de septiembre de 2023, los asistentes podrán concursar en la promoción a la categoría de técnicos académicos (art. 7).

La tarde del 12 de mayo de 2024, recibí un mensaje que me dejó absorta. Lo que leí me pareció un error, una confusión, pero

después de unos momentos decidí llamar a la fuente directamente. Me confirmaron la terrible noticia de que el maestro Jorge había dejado este plano. De camino a mi domicilio los mensajes de texto no dejaron de llegar, por más que quería mantener



Consulta del CCT y elección de nuevo Consejo Directivo del SIPAMORA en el auditorio del Instituto Mora, 8 de agosto de 2024. Colección particular.

la calma, todavía no lo podía creer. Una vez confirmada la noticia por la Dirección General, convoqué a acompañar a su familia y amigos al siguiente día. Llegando al velatorio me atrincheré en una de las habitaciones. Fue cuando llegó la doctora Gabriela Sánchez que no pude contener más las lágrimas, lloramos y despedimos al aguerrido, platicón y alegre maestro. Unas horas más tarde llegamos al Instituto Mora, de inmediato fui al cubículo del SIPAMORA a redactar el mensaje a las y los agremiados a manera de obituario y para dar la certeza del cumplimiento de nuestros estatutos al asumir el interinato de la secretaria general. Ese mismo día se tuvo que proponer a las y los compañeros organizados en la Mesa

Coordinadora de Técnicos y Asistentes para la conformación de la Asamblea del Instituto Mora. Olvidé notificarles por correo electrónico a las compañeras que tenían el perfil para participar en dicha Asamblea, y más adelante me disculpé por la terrible omisión.

Durante este periodo de interinato tuve muchas muestras de apoyo de las y los agremiados y de las y los integrantes de los sindicatos fraternos de la Federación Nacional de Sindicatos del Sector de Ciencia y Tecnología (FENASSCYT). Estaba en proceso la consulta de nuestro CCT y había que convocar a elecciones, ya fuera para ratificarme como secretaria general o para el registro de las carteras vacantes del Consejo Directivo. De alguna manera los pendientes que había que atender me endurecieron en cierto grado. Tenía que notificar al gremio de forma responsable e informada respecto de los cambios que se avecinaban de consejo nacional a secretaria de Estado. En las reuniones mensuales con las autoridades del Instituto, logramos tener una comunicación transparente, constante y fortuita. Después de las elecciones y consulta de CCT, el 8 y 9 de agosto de 2024, como secretaria general busqué la forma de concretar diversas disposiciones que fueran beneficiosas para la comunidad del Instituto;

una de ellas fue la solicitud a nuestra Dirección General, en marzo de 2025, de la investigación sobre la posibilidad de creación de un fondo de ahorro que en amplio sentido sería la aportación de la o el trabajador y la del centro, por igual, de 2% inicialmente. Este proyecto quedó en el tintero debido a que la Unidad de Administración y Finanzas de la SECHITI no consideró la propuesta como viable, pese a que otros centros públicos sí cuentan con la prestación.

Otro de los alcances fue la negociación, en el mes de abril de 2025, con nuestra Dirección, para alcanzar la aplicación paulatina del artículo 67 del “Acuerdo por el que se establecen Disposiciones generales en materia de recursos humanos de la Administración Pública Federal”, para que, dependiendo de las necesidades de cada una de las áreas del Instituto Mora, el personal saliera a las 15:00 horas, primero, el último viernes de cada mes, y en el mes de noviembre de 2025 se alcanzó la aplicación para todos los viernes.

Una de las últimas acciones antes de concluir mi participación al frente del SIPAMORA fue la reunión, con motivo de la celebración del quinto aniversario de la FENASSCYT, en las instalaciones del Instituto Mora,

sede Poussin. El 20 de agosto recibí a 17 secretarios generales y cuatro representantes de los sindicatos integrantes, a quienes las compañeras de la Unidad de Género, Ivonne Ortuño Martínez, Margaret Ruíz Franco y Victoria García Fuentes, impartieron el taller Herramientas para la Construcción de Espacios Laborales Libres de Violencias Desde la Perspectiva de los Derechos Humanos, con una duración de cuatro horas, y a quienes se les otorgó constancia digital de participación.

Para finalizar esta remembranza de mi tiempo al frente del SIPAMORA, mi balance es que tuve la enorme oportunidad de reanimar la participación sindical de las y los agremiados; además de los logros alcanzados en materia laboral, considero que el sindicalismo es una acción colectiva y colaborativa. Sin embargo, en la parte final de mi periodo me enfrenté a circunstancias en solitario, mi lección es que hay que tener temple y arrojo al hacer propuestas y dar soluciones sin abandonar el enfoque de defensa de los derechos laborales de la comunidad en su conjunto, y con estricto apego a los estatutos del SIPAMORA, además de no claudicar por el mero afán de protagonismo, algo que bien aprendí durante aquellos 205 días de huelga en mi alma mater.

EL SINDICALISMO ES UNA ACCIÓN COLECTIVA Y COLABORATIVA

LIDERESAS SINDICALES

Entre la lucha de clase y las desigualdades de género

La reforma laboral, publicada el 1 de mayo de 2019 en el *Diario Oficial de la Federación (DOF)*, trajo consigo importantes modificaciones al derecho individual y colectivo del trabajo, dando origen a un nuevo modelo laboral en nuestro país. Sus principales cambios y adiciones se centraron en temas como la libertad y la democracia sindical, la transparencia y rendición de cuentas, la negociación colectiva auténtica, la implementación de un nuevo sistema de justicia laboral y la incorporación de la perspectiva de género.

En materia de igualdad y perspectiva de género, uno de los cambios más relevantes fue la implementación del “principio de representación proporcional en razón de género” en la integración de las directivas sindicales. Esta disposición, prevista en el artículo 371, fracción IX bis de la Ley Federal del Trabajo, obliga a los sindicatos a que la integración de sus dirigencias refleje el porcentaje de mujeres que conforman su base sindical.

Para garantizar la aplicación de este principio, la *Guía para la elección de directivas sindicales* menciona que los sindicatos pueden asignar los cargos según el número de mujeres y hombres agremiados al sindicato, distribuyéndolos proporcionalmente; por ejemplo, si la directiva sindical se conforma de cinco cargos y su base sindical se encuentra conformada por 60% de mujeres y 40% de hombres, ellas deberán ocupar tres de los cinco cargos. La otra opción es que, aun cuando las mujeres representen una minoría dentro de un sindicato, se podrá asignar 50% de cargos sindicales.

En esencia, este principio se concibe como un mecanismo jurídico que busca garantizar la participación igualitaria de las mujeres en los espacios de toma de decisiones sindicales y que, con ello, se refleje su presencia real en los centros de trabajo, donde representan la mitad –o en ocasiones, la mayoría– de la fuerza laboral.

Obreras en el patio de la fábrica La Perfeccionada, ca. 19011. Museo Nacional de Historia-INAH. Mediateca INAH, licencia de uso CC BY-NC.

Cambios a cuentagotas

Desde la entrada en vigor de la reforma laboral de 2019, los datos muestran que los liderazgos femeninos en los sindicatos mexicanos aún son la excepción: en 2019 sólo 8.67% de los sindicatos estaban dirigidos por mujeres y, para 2025, según datos del Centro Federal de Conciliación y Registro Laboral, la cifra apenas aumentó a 14 por ciento.

Por otro lado, y de acuerdo con datos del Observatorio para la Igualdad Sustantiva en los Sindicatos (OISS), México ocupa el segundo lugar en Latinoamérica y el Caribe con la menor participación de mujeres y niveles de equidad de género sindical, sólo detrás de Guatemala.



Estos datos ponen en evidencia que, aun cuando existe un marco normativo que promueve la participación femenina en las directivas sindicales, persisten barreras estructurales que impiden la llegada de las mujeres a las altas esferas de toma de decisiones dentro de los sindicatos.

Machismos, estereotipos de género y dobles jornadas

La poca presencia de mujeres como secretarías generales de sindicatos en México, el más alto cargo dentro de estos colectivos, responde a causas multifactoriales, entre las que se encuentran el machismo, los estereotipos de género y la doble o triple jornada.

Históricamente, dentro del sindicalismo mexicano han predominado los liderazgos masculinos, lo cual ha limitado la participación de las mujeres en los espacios de toma de decisiones, impidiendo que en la negociación colectiva se incorpore de manera constante una agenda de género que responda a las necesidades de sus agremiadas.

Los estereotipos de género, por su parte, también se encuentran profundamente arraigados en la lucha sindical en la que se asocian sus liderazgos con características tradicionalmente vinculadas a los hombres (seguridad, voluntad, poder de lucha, negociación cara a cara, confrontación, etc.), lo que ha

generado un sesgo que invisibiliza las capacidades de liderazgo de las mujeres.

Por otro lado, aunque las mujeres se han incorporado de manera creciente al ámbito laboral, las tareas domésticas y de cuidado no se han distribuido de forma equitativa con los hombres. Según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), en promedio, ellos dedican semanalmente 18.1 horas al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, mientras que las mujeres destinan 39.7 horas a estas actividades. La sobrecarga que implican las dobles o triples jornadas limita sustancialmente la participación activa de las mujeres en sus gremios, lo cual resulta en la reducción en el acceso a espacios de representación y dificulta su presencia en cargos de liderazgo.

Estas barreras estructurales obstaculizan que en la negociación colectiva y agenda sindical se prioricen problemáticas que afectan de manera particular a las mujeres, tales como la brecha salarial, la violencia sexual, la discriminación en razón de género, la conciliación de la vida laboral, familiar y personal, entre otras importantes reivindicaciones de las mujeres trabajadoras.

Desafíos colectivos

Si bien es importante el avance normativo, resulta evidente que la igualdad de género en los sindicatos no depende únicamente de reformas jurídicas, de acciones afirmativas

o cuotas de género; se requiere transformar estructuras históricamente masculinizadas y garantizar condiciones reales para la participación femenina.

Como mujeres, es difícil enfrentar simultáneamente las responsabilidades de los ámbitos familiar, laboral y gremial; participar en un colectivo no sólo depende de voluntad personal; es un desafío estructural que requiere soluciones colectivas. En este contexto, la existencia de lideresas sindicales no sólo implica que realicen la defensa de los derechos laborales del colectivo que representan, sino que también materialicen el derecho de las mujeres a ocupar espacios de poder y representatividad, y su presencia en estos espacios es esencial para la construcción de un sindicalismo más plural, igualitario y democrático.

PARA SEGUIR LEYENDO

Comisión Interamericana de Mujeres (CIM), *La participación de las mujeres en el ámbito sindical desde un enfoque de derechos humanos y con perspectiva de género*, OEA, 2020. [Enlace](#)

Flores, Lidia Mariel, *Sindicalismo y machismo: solo 13 % de dirigentes son mujeres*, Red de Mujeres Sindicalistas, 2024. [Enlace](#)

Serna, Claudia Marisol, Pamela González, Rene del Castillo y Annabelle Sulmont, *Política sindical con perspectiva de género*, PNUD, 2025. [Enlace](#)

Cherán



La historia de este pueblo purépecha michoacano, cuyos orígenes datan de tiempos prehispánicos, es un ejemplo de organización comunitaria; se trata del único municipio que cuenta con un autogobierno indígena. Esto implica que, aunque Cherán sigue recibiendo fondos estatales y federales, el Estado mexicano reconoce su autonomía. Entre otras cosas, en Cherán no hay policía, sino grupos de autodefensa y puestos de control para registrar cada uno de los vehículos que entran a la población.

Lo que motivó este sistema de organización fue la necesidad de resistir la violencia que asola a Michoacán desde el inicio de la década del año 2000. El 15 de abril de 2011,

cansados de las agresiones de los cárteles del narcotráfico y la devastación de los bosques a manos de los talamontes, los pobladores de Cherán se levantaron en armas.

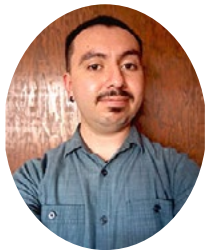
Ese día por la mañana se escucharon cohetes que la gente todavía recuerda. Mujeres y hombres salieron con machetes a detener a los choferes de camiones que transportaban madera cortada de forma ilegal y, tras un enfrentamiento, expulsaron a la policía, acusándola de tener nexos con el crimen organizado. Tuvieron éxito, y desde entonces Cherán resiste, aunque no sin dificultades. El pasado junio sufrieron un ataque de hombres armados que dejó varias víctimas.

Ilustración: Isaura García Nava

TINTA Y BITS

“Ser estudiante y activista universitario en el México de los años 20”

José Luis Chávez | Ideas y Voces | 2025



Sobre la vida y el activismo estudiantil en el México de los años sesenta abundan textos, películas y canciones; sin embargo, las décadas anteriores no han sido tan documentadas. Por eso te recomendamos escuchar esta [charla](#) que nuestra compañera Ilse Paola tiene con José Luis Chávez, estudiante del doctorado en Historia Moderna y Contemporánea.

En ella, José Luis nos acerca a la vida de los estudiantes universitarios en la ciudad de México de los años veinte, que transcurría principalmente en una zona del centro de la ciudad, cerca de la alameda y el zócalo, conocida como “Barrio universitario”. Esta zona, cercana a las principales escuelas de educación media superior y superior, era el principal espacio de socialización para estos jóvenes. En ella tomaban

clases, iban al cine, hacían deporte, y en la convivencia con sus pares experimentaban amistad, rivalidad y romances.

José Luis también nos habla de los procesos de politización de estos jóvenes, en una época en la que surgieron las primeras federaciones estudiantiles y que también fue escenario de la huelga que le dio la autonomía a la entonces Universidad Nacional de México. ¡Una conversación interesantísima!

Desarrollo cultural comunitario. Opciones para la cohesión social: una aproximación

Covarrubias Valderrama, Gerardo (coord.)
México, CONACULTA, 2011 (colección Intersecciones 24).

Desarrollo cultural comunitario. Opciones para la cohesión social: una aproximación es un libro que forma parte de la colección Intersecciones de la Dirección de Capacitación Cultural del CONACULTA, la cual se ocupó, desde la década de 1990, en abordar temas de gestión cultural comunitaria. En esta obra, los autores analizan desde lo teórico hasta lo práctico los conceptos de comunidad, desarrollo e intervención. De esta manera, podemos observar cómo es el proceso histórico-social de la comunidad y la intervención del Estado, en donde se han establecido políticas públicas transversales, intentando que las rupturas de los tejidos sociales se integren nuevamente con programas pensados desde las artes para un desarrollo comunitario, y así intentar formar nuevos lazos afectivos dentro de las comunidades fracturadas comúnmente por la violencia.



Puedes encontrar este y otros ejemplares de esta serie en la [Biblioteca Ernesto de la Torre Villar del Instituto Mora](#).

Clasificación:
(G)/306.1 DES.c.

INTRAMORA

Contar con espacios disponibles para iniciar diálogos, compartir información y estar en contacto, es un elemento importante para hacer crecer y mantener a una comunidad unida.

En el Instituto Mora, contamos con diferentes medios que promueven la comunicación interna, los cuales abarcan desde el correo institucional hasta el sitio web del Instituto, mesas de diálogo, eventos, la *Gaceta Mora*, entre otros. Sin embargo, existe un espacio que pareciera estar muy olvidado, pero que contiene información relevante y que está destinado a quienes conformamos esta comunidad. Se trata de [INTRAMORA, el portal interno del Instituto Mora](#).

En este espacio podrás encontrar guías, protocolos, manuales, reglamentos, información sobre prestaciones socioeconómicas y hasta videotutoriales sobre cómo utilizar los recursos electrónicos que ofrece el Instituto. Ya sé, no suena muy atractivo, pero conocer

estos recursos o al menos saber en dónde encontrarlos es importante, como también es importante mantenerlos actualizados.

Te invito a que visites este espacio y te tomes un rato para explorarlo, en una de esas, encuentras información valiosa de la que no tenías conocimiento o que necesitabas, pero no sabías cómo encontrar.

¿No sabes cómo ingresar al INTRAMORA? No te preocupes, puedes acceder desde el enlace que puse al principio o desde el sitio web del Instituto, sólo tienes que ingresar a www.institutomora.edu.mx, deslizar hasta la parte inferior donde se encuentran las apps Mora y dar clic en el recuadro de INTRAMORA. Recuerda que este es un portal interno, por lo que sólo funciona cuando estás conectada o conectado a la red institucional.

Deseo que navegar por este portal sea de utilidad para ti, así como también te deseo un excelente inicio de año y un exitoso 2026. ¡Nos vemos en la próxima!

Verónica Rubí



Olivera Torres

Egresada de la maestría en Sociología Política

Politóloga, socióloga y activista, Rubí Olivera habla con pasión sobre sus proyectos. Conversamos en un café de la colonia San Rafael y la miro resistir el frío nocturno de la ciudad con una holgada sudadera morada. Su voz es tersa y suave, de esas que inspiran confianza para hablar de cualquier cosa, desde el dolor hasta la dulzura: desapariciones forzadas, trabajo comunitario y, desde luego, el Instituto Mora. Y entonces, cuando hablamos de nuestro Instituto, Rubí no evita sonreír de oreja a oreja.

Conocí al Instituto Mora en 2010

No tenía idea de que existía hasta que entré a la licenciatura. Estudié Ciencia Política en

Es muy gratificante estar en procesos de construcción de conocimiento colectivo y aplicar lo que el Mora me enseñó

la Universidad Autónoma Metropolitana unidad Iztapalapa (UAM-I). Ahí tienen un perfil para formar científicos sociales, más que hacia la administración pública. Claramente desde los primeros trimestres nunca faltó algún profesor o profesora que hablara del Instituto Mora. En esas referencias siempre se caracterizaba al Mora como un lugar muy serio para investigar. Siempre me quedé con esa idea de conocer aquello que tanto admiraban quienes yo admiraba. Así que empecé a ir a la biblioteca del Mora desde la licenciatura. Consulté muchas cosas de historia. Me pareció un lugar solemne, pero la gente era bastante amable y eso me gustó.

Desde muy joven quise estar en el Mora

Por estas referencias de profesores sobre el Mora se produjo en mí el ímpetu por saber cómo era aprender los procesos de investigación ahí. Pensé: “si un día estudio un posgrado, quiero intentarlo ahí”. Porque las y los investigadores de la UAM-I lo reconocían. Digo, siempre aludían a los Centros Públicos de Investigación (CPI), pero con el Mora había algo peculiar que me llamaba la atención como un lugar con una apuesta bastante seria de formar a investigadores.

Recuerdo que debía tener 18 o 19 años, recién había entrado a la licenciatura. Así que se quedó como un proyecto que siempre vi. Aunque también, al mismo tiempo, tengo que decirte que no sabía si iba a ser posible. Porque también, en esas referencias de los profesores, se decía que había espacios limitados y era un lugar muy serio. Pero yo siempre pensé que estaba en mi proyecto de vida y lo intentaría en su momento.

Quería adquirir más herramientas metodológicas

Cuando salgo de la licenciatura, antes de terminar la tesis y titularme, comencé a colaborar con una organización en el Estado de México, el Centro de Derechos Humanos Zeferino Ladrillero. Ahí supe que lo que había estudiado en la licenciatura me ayudaba un montón para trabajar en procesos organizativos. Así que ahí terminé de reafirmar que yo quería seguir adquiriendo esas herramientas. Es decir, mi apuesta no era necesariamente ser investigadora, pero sí necesitaba adquirir herramientas que me gustaban, me interesaban y quería fortalecer para seguir trabajando con actores y actrices sociales. Ahí reafirmé: “claro, voy a estudiar en

el Mora”. Estuve tres años en esa organización y ahí lo decidí, porque identifiqué que había un vínculo enorme entre mi práctica política y la investigación. Sabía para qué me podía ser útil estar en el Mora en términos de mi apuesta política, de vida, profesional. Sabía que tenía que ser Sociología Política por mis intereses, nunca hubo duda. Sabía que la sociología iba a ampliar mi mirada. A veces la ciencia política es muy cuadrada y yo nunca he sido así.

Estar en el Mora era un sueño muy grande

Con esa convicción viví el proceso de admisión con muchos nervios. Porque está esa idea de que es muy difícil entrar, hay mucha seriedad. Pero sigo recordando mucho esa época, de cuando me preparé para entrar al Mora. Mientras estaba en el Zeferino Ladrillero trabajé como asistente de investigación en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Estaba haciendo todo eso y me acuerdo muy bien de que me decía: “tengo que darme el tiempo de estudiar, preparar el proyecto, todo”. Andaba mucho a las prisas para cumplir con todo. A veces no lograba concentrarme y buscaba salir. Me acuerdo mucho de estar por la colonia con las lecturas que evaluarían para el ingreso, ir de café en café para avanzar en ellas, escribir el proyecto, eran bastantes lecturas y tenía nervios. Pero me hacía mucho sentido. La verdad es que me siento muy agradecida

con la vida de ese momento porque todo lo que estaba leyendo y revisando para poder entrar me hacía mucho sentido con mi experiencia política. Estaba muy conectada con las lecturas porque lo “espejeaba” de primera mano con lo que estaba viviendo. Eso me ayudó, me sentí vinculada con la propuesta de conocimiento.

Al entrar, tenía la presión de que tenía que rendir

Era algo compartido con mi grupo, teníamos esa sensación. Estábamos intentando agarrar la onda sobre las dinámicas, las formas de trabajo con cada profesor, profesora, la parte administrativa. Porque tienes el compromiso de la beca, de que todo quede perfectamente. Pero si algo recuerdo muy bien del Mora, y lo recuerdo con mucho gusto, es que la gente que trabaja en las áreas administrativas es muy buena

haciendo su trabajo y son muy amables. Eso ayudaba. Tenía muchos nervios por rendir, hacer todas las lecturas, todo me parecía bastante porque sí era mucho trabajo. Pero me ayudaron dos cosas: primero, que logramos hacer comunidad con mi grupo de la maestría, porque no fomentamos la competencia, que a veces sucede mucho en los posgrados, pero con nosotros había mucha colaboración; y segundo, que los trabajadores del Mora te facilitaban los procedimientos administrativos, todo, siempre había esa intención. Eso me ayudó pese a tener ese nervio y la curva de aprendizaje. Y, fíjate, lo digo constantemente: descubrí un lado del Mora muy humano. Además, la gente me pregunta: ¿cómo es estudiar en el Mora? Y respondo que, la verdad, fue una grata sorpresa porque uno sabe que cuando eliges un posgrado tan exigente puede ser difícil. Pero para mí fue una sorpresa muy



Rubí con amigas en sede Plaza, 2018. Colección particular de la entrevistada.

grata ver cómo en el Mora había una mirada más humana del alumnado. Había, por supuesto, expectativas de que hicieras bien las cosas, porque básicamente te dedicas sólo a eso, pero sí creo que había mucha comprensión de las y los profesores. Mi experiencia fue muy grata porque conocí un lado muy humano de un CPI, y no sé si podría decir lo mismo de todos, de verdad.

Estudio movimientos sociales y acción colectiva

Desde la licenciatura estaba interesada en ello. Justo por eso lo que hacía como activismo terminó de nutrir mis miradas sobre ese tema. En ese momento yo participaba, además de en el Zeferino Ladrillero, en una organización vecinal en Nezahualcóyotl. Se



Una ofrenda en el Instituto Mora, 2018. Colección particular de la entrevistada.

llama Nos Queremos Vivas Neza. Sabía que mi línea de investigación era la de los movimientos sociales y la acción colectiva. Por ello hice una propuesta para estudiar la respuesta colectiva frente a la violencia feminicida. Nos Queremos Vivas Neza es una organización vecinal frente al feminicidio de una niña, Valeria, de 11 años. Yo soy del Estado de México, así que la violencia feminicida era el tema. Como yo estaba haciendo ahí mi activismo, hice mi proyecto sobre eso, sobre cómo era el proceso organizativo frente a la violencia feminicida. En ese momento la idea era caracterizar qué tipo de organización era. Porque había un cruce de formas que tienen que ver con el movimiento urbano popular pero también había referencias, obviamente, del movimiento feminista. Porque nos parece normal, pero lo cierto es que es un poco un contradictorio que la gente se organice frente a la violencia extrema. Es decir, la respuesta a la violencia podría ser la violencia y no la organización colectiva. Entonces yo exploraba eso, ver qué hace posible que, en un contexto de violencia extrema, la respuesta sea la acción colectiva, la acción política. Eso lo tenía claro, como yo estaba haciendo una labor ahí, aproveché el conocimiento de campo, hacer entrevistas, una descripción profunda del contexto, el territorio, las agencias. Tenía mucha idea de dónde quería ir por lo metodológico. Aunque, obviamente,

cuando me entrevistaron para ingresar, les dije: “Tengo esta idea, pero si a algo vengo al Mora es justo a aprender metodología”.

Egresé en medio de la pandemia

Fue difícil, porque el último año te dedicas a escribir. Yo sí creo que escribir una tesis puede ser un trabajo muy solitario. Te puedes generar otras estrategias, pero hay que encerrarse a escribir. Eso puede ser complicado, duro, sobre todo para personas que estamos acostumbradas a socializar. En ese sentido, las clases me venían muy bien. Así que encerrarme a escribir era un poquito más tedioso. Pero sí le agregué un grado de dificultad la pandemia. No era una elección, sobre todo en la primera parte, porque no te podías arriesgar, no conocíamos la enfermedad, el virus. La verdad es que hubo mucha comprensión de mi director, Juan Carlos Domínguez. Porque hablé con él, le dije que me estaba costando mucho trabajo, porque en términos de trabajo etnográfico, trabajo de campo, tenía mucho registro. Eso y por la pandemia estaba agotada y me costó mucho, pero justo ahí se volvió a reflejar la calidad humana del Mora. Juan Carlos fue muy comprensivo, entendía que no era normal hacer una investigación en ese contexto: encierro, incertidumbre. Yo fui honesta con mi director y me ayudó bastante. Y mira, de la pandemia para acá se empezó a hablar y a evidenciar más sobre los problemas de

salud mental. No es que sea nuevo, pero eso lo vino a hacer más evidente.

Trabajo en una ONG: Serapaz A. C.

Defendí la tesis en junio de 2021. Pero ya sabía que necesitaba trabajo antes de terminarla. Tuve muchísima suerte, porque las personas que conocía me mandaron una convocatoria sobre un trabajo en esta organización. Vi la convocatoria a finales de 2020. Apliqué y me quedé, así que entré a trabajar antes de presentar el examen profesional. Fue bonito porque todo eso terminó de alimentar mis reflexiones, porque era pensar en lo mismo: los procesos organizativos, la acción colectiva, actores sociales. Terminé de hacer cruces con esa experiencia. Ahora, en Serapaz, coordino el área de seguridad y protección. Acompañamos a organizaciones y comunidades indígenas que defienden su territorio, así como a colectivos de familiares de personas desaparecidas. Además, acompañamos a dos grandes articulaciones: la Alianza por la Libre Determinación y la Autonomía, que forma parte de la agenda de derechos indígenas; y al Movimiento por Nuestros Desaparecidos en México. Desde el área de seguridad y protección, lo que hago junto con mis compañeras es fortalecer a los actores y actrices sociales que, desde un enfoque de seguridad, se sostiene que, por tener una labor política, esta conlleva

riesgos, ya que hay actores que se ven afectados por esa lucha. Es decir, tú cuestionas ciertos intereses, puedes ver actores como las empresas, el Estado, personas y demás, que pueden querer agredir, amenazar, ocasionar un daño. Desde esa mirada lo que hacemos desde el área de seguridad y protección es facilitar espacios donde se analice el riesgo, el contexto y se pueda definir cómo cada organización lo vive y cómo se relaciona con otros actores, principalmente con quienes están en conflicto. Eso nos permite tener una valoración colectiva y da la posibilidad de actuar, previniendo o estando preparados, por si hay alguna agresión, saber cómo responder a ella, evitarla o, si sucede, que el impacto sea el más bajo posible. Con este marco facilitamos reflexiones, análisis. No son análisis que nosotras hacemos solas, sino que tenemos herramientas metodológicas para facilitar la reflexión de los propios colectivos, con quienes lo solicitan. La idea es que las organizaciones puedan tomar acuerdos sobre cómo cuidarse.

El Mora fue fundamental para mi trabajo

Digo, estoy muy feliz con mi trabajo, me da satisfacción. Es un tema muy difícil porque el contexto actual de violencia es generalizado. En este momento cuesta mucho trabajo identificar cuál es el riesgo por tu labor política y cuál es contextual, digamos,

por la violencia del crimen organizado. Este es un actor que dificulta muchas cosas y es preocupante. Es un tema que te mantiene muy alerta, porque soy contacto de procesos organizativos y personas defensoras de derechos humanos, así que si algo les pasa es muy probable que me llamen para intervenir. Es difícil pero muy gratificante. Y la verdad es que las cosas que aprendí en el Mora las uso, como la posibilidad de entender metodologías y construir propuestas concretas de análisis. Es gratificante saber que lo que he hecho en términos académicos tiene la posibilidad de incidir socialmente, puedo usarlo ahí. Es muy gratificante estar en procesos de construcción de conocimiento colectivo y aplicar lo que el Mora me enseñó para dialogar con diversos actores: colectivos, académicos y el Estado. El Mora te prepara para eso.

La biblioteca, mi lugar favorito

Curiosamente no soy un ser de bibliotecas. Pero, contrario a lo que pensarías (porque sé que todo el mundo ama la Sala de Lectura Ana Buriano, es preciosa), le tengo mucho cariño a la biblioteca en [la sede] Plaza porque me recuerda mucho a esa Rubí de los 18, 20 años, que quería estudiar ahí.

El Mora en tres palabras

Humanidad, rigor y colaboración.

Víctor Manuel Rosiles Gómez

Estudiante

Maestría en Sociología Política

¿Cuál es el momento que más disfrutas de ser un investigador en formación?

Son tres momentos iniciales del trabajo: la primera aproximación al tema (el estado del arte), la primera visita al campo y la primera discusión colectiva en algún seminario. Estos momentos me generan transformaciones profundas, no sólo en lo que refiere a mi investigación, sino, incluso, en mi comprensión de lo social.

¿Qué consejo darías a otras investigadoras e investigadores en formación?

El consejo que daría a toda aquella persona que desea investigar en México es que sepa que se trata de una carrera de resistencia, pero que es asible y llena de dichas. En otras palabras, que confíe en sus habilidades y en sus compañeros y profesores, que persevere y resista. Es hermoso conocer sobre nosotros mismos a través de los otros.

Si pudieras tomar un café con un autor o autora de tu disciplina, que aún viva o que ya haya fallecido, ¿quién sería y por qué?

De tener la oportunidad de tomar un café y conversar con algún fantasma sería, en definitiva, con el alemán Walter Benjamin. Entre las aventuras relatadas por sus amigos y sus cronistas, le



Líneas de investigación: violencias en América Latina, mecanismos de sobrevivencia y desarrollo económico latinoamericano.

describen como una persona divertida, con gusto por la poesía, las artes y el buen vino. Creo que, además de tener conversaciones profundas en torno de la violencia (tema que trabajo), podríamos ser buenos amigos.

¿Cuál es el último libro sobre tu disciplina que leíste y te “sacudió”?

Actualmente estoy leyendo *La gran marcha catastrófica del mundo. Crítica de la economía política de la violencia* (2025) del autor mexicano Daniel Inclán. Se trata de la síntesis de un trabajo de más de diez años sobre la relación de la economía (capitalista) y su crisis estructural con las manifestaciones de la violencia en la actualidad.

¿El tercer sindicato?

La historia del sindicalismo nos ha dejado relatos de perseverancia y lucha, entre los cuales, sólo a veces, se cuelan episodios chuscos. La breve historia que te contaremos a continuación, con ayuda del testimonio de nuestra compañera Gabriela Valencia, pertenece a los segundos: se trata de la accidentada creación del primer sindicato que agrupó a trabajadores y operativos en el Instituto Mora, y que actualmente sigue en pie con una única agremiada.

El año era 2019. Desde hacía tiempo, nos cuenta Gaby, compañeras y compañeros del Mora miraban de cerca y con entusiasmo la experiencia de otras instituciones y sus avances para elaborar sus respectivos contratos colectivos de trabajo. Hasta aquel momento los intentos de los trabajadores del Mora por crear un sindicato habían sido desalentados. Aquel año, sin embargo, se respiraba un aire de optimismo. Gaby detalla que notaban más apertura por parte de las autoridades, y había ya dos sindicatos en vías de constitución: uno compuesto por personal académico (pronto se convertiría en el SIPAMORA) y otro, el que nos ocupa

en estas líneas, integrado por trabajadores y operativos, de nombre STMORA.

Esta segunda agrupación estaba siendo impulsada por compañeras y compañeros provenientes de distintas áreas del Instituto, entre ellas Almacén, Publicaciones y Biblioteca. Al frente de los esfuerzos estaba la compañera N. O., del área de Canje y donación, quien había estudiado derecho y parecía conocer a fondo el tema gremial. Bajo su guía, comenzaron las reuniones. La manera de proceder de la compañera era, por decir lo menos, poco ortodoxa: ella misma había decidido la función que cada miembro desempeñaría, en lugar de someterlas a votación; además, ella sola había hecho los trámites para reconocer a la agrupación ante la Secretaría del Trabajo y Previsión Social. Aunque algunas cosas despertaron la sospecha del equipo, todo parecía avanzar. Un poco más tarde ese año, finalmente se constituyó el STMORA y se llevó a cabo el proceso de toma de nota.

Unas semanas antes de terminar ese año, la compañera N. anunció que se jubilaría. Esto le llegó por sorpresa a la agrupación,

pero ella los tranquilizó diciendo que dejaba todo en regla. Pronto se hizo evidente que esto no era así, y, para empeorar las cosas, N. dejó de responder llamadas y mensajes. Cuando las compañeras y compañeros la visitaron en su casa, ella los recibió y los tranquilizó. ¡No había nada que temer!, enviaría los documentos necesarios. Esa fue la última vez que supieron de ella.

Como imaginarás, lo que siguió fue la reparación de los daños. El maestro Jorge Castañeda (†), del SIPAMORA, junto con el abogado Humberto Oseguera, asesoraron al grupo. La solución era renunciar al STMORA y formar otra agrupación en su lugar, con nuevos estatutos. En marzo de aquel año convocaron a una reunión, y el 12 de mayo todos los miembros, excepto, claro, la compañera N., renunciaron. Este segundo sindicato lleva hasta ahora el nombre de SITRAMORA y en 2026 cumple seis años. Inicialmente, de los 24 o 25 miembros que conformaban el STMORA, se afiliaron 20 al SITRAMORA, y hoy ya son 69 integrantes.

Para terminar, con este texto quisimos presentarte una anécdota que engloba sólo un poco de lo que hay detrás de la organización de los trabajadores, y también celebrar sus esfuerzos. ¡Les deseamos larga vida a las dos agrupaciones oficiales! Gracias a Gaby Valencia por compartirnos sus recuerdos.

• ENERO •

ROBO

Hace cuatro días fue completamente robada, en ausencia de sus dueños, la casa número 27 de la calle del Niño Perdido. También los ladrones se perdieron y la policía no da con ellos, ni dará.

La Voz de México, 7 de enero de 1875, p. 3.



Ilustración: Tania Ocampo

LA POLICÍA SECRETA

La policía secreta tiene uniformes para disimular mejor sus augustas funciones. Cada uno de los que a ella pertenece viste pantalón, chaqueta y chaleco gris de casimir mexicano, sombrero fieltro aplomado y el indispensable pistolón a la cintura. El uniforme está tan raído y sucio que necesita cambiarlo. Pues que se haga con todo el secreto que requiere esa institución republicano-tenebrosa. En las galerías del Congreso suele prestar eminentes servicios.

La Voz de México, 12 de enero de 1875, p. 3.

BUZÓN

Delia Hernández García

Subdirección de Biblioteca

Muchas felicidades al equipo de trabajo del Comité Editorial de la *Gaceta* del Instituto Mora. Han hecho que la *Gaceta* sea un espacio confiable, interesante y muy nuestro, donde estudiantes, docentes e investigadores podemos encontrarnos y reconocernos, ya que me consta que realizan su trabajo con gran dedicación y esmero. Además de

realizar otras funciones en sus áreas laborales, siempre se dan un espacio para crear, organizar y compartir contenidos que nos mantienen informados sobre conmemoraciones, eventos culturales y puntos de vista de las y los compañeros sobre diversos temas.
¡Felicidades por hacerlo tan bien!

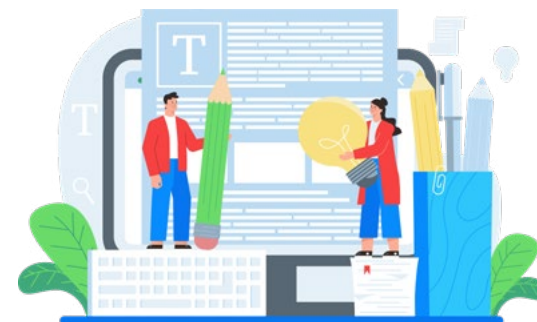


Imagen de Freepik.

Compártenos tus comentarios a
gacet@institutomora.edu.mx

Moloch

(Del maya moolo'och, recoger en el monte los trozos de ramas secas). tr. s. Por extensión, juntar cosas que andan desperdigadas y ponerlas en orden; también grupo o montón: “Fuimos todos en *moloch* a reclamarle”. Hacer un *moloch* equivale a hacer o formar un grupo: “Hicimos un *moloch* para formar un equipo de béisbol”.

Güémez Pineda, Miguel, *Breve diccionario del español yucateco*, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 2023.



Del Fondo Reservado de nuestra biblioteca.

¿Te perdiste algún número
de la **Gaceta**?



¿Te gustaría participar en la
Gaceta Mora?

